

El libro negro de la casta (británica)

A propósito de O. JONES,
The Establishment. And How They Get Away With It,
Londres, Penguin, 2014

Luis S. VILLACAÑAS DE CASTRO
Universitat de València
Luis.Villacanas@uv.es

1. Introducción

Tras leer *The Establishment. And How They Get Away With It*, el segundo libro del periodista británico Owen Jones, me permito traducir su título como *La casta (y cómo se sale con la suya)*. No lo hago solamente porque el término que ha popularizado un nuevo partido político, Podemos, aparezca en la página 50, en referencia al *establishment*; tampoco porque en una reciente columna en el periódico *The Guardian*, dedicada al auge de dicho partido en España, el propio Jones tradujese el término “casta” por “*establishment*”¹. En realidad, aunque nada de esto fuese el caso, la sintonía entre el diagnóstico de Jones y los objetivos de Podemos es manifiesta y ya se ha concretado en forma de referencias mutuas, en charlas del uno por España y de los otros por el Reino Unido, en compañía. Sólo el hecho de que la realidad y la idea (en contra de lo afirmaba Hegel) no suelen caminar juntas ha impedido que el libro que ofrece la descripción más precisa de la casta haya surgido en el mismo país en el que se ha fraguado el movimiento que se ha propuesto disolverla. Sin duda, de haberse escrito en España y sobre su sociedad (en cuyo caso la obra no hubiese sido más corta), el nuevo partido hubiera encontrado en ella su libro de cabecera. Los hechos concretos podrían ser diferentes pero no así los procesos sociales que en él se presentan. Sus trescientas cincuenta páginas contienen infinitos ejemplos de todos los fenómenos a los que el discurso de Podemos hace referencia: las *revolving doors* (puertas giratorias), las interrelaciones entre los *media*, la gran empresa y la política; la progresiva asimilación de los partidos tradicionales de izquierda y derecha al sentido común neoliberal, y finalmente (y como consecuencia de todo lo anterior) el devenir sufrido por el Estado hasta ponerse al servicio del gran capital.

¹ O. Jones, “Viva Podemos: the left shows it can adapt and thrive in a crisis”. Obtenido de <http://www.theguardian.com/commentisfree/2014/nov/16/podemos-left-crisis-ukip-anti-immigrant>

2. Sufragio universal, Estado y socialdemocracia

El libro de Jones asume este devenir como hilo conductor y tesis principal. Como tal, la idea implica un argumento histórico que el libro se preocupa por desarrollar. En su Introducción (la única parte teórica) Jones rescata los temores sentidos por las clases privilegiadas del siglo XIX inglés acerca de la pretensión del movimiento obrero por imponer el *sufragio universal*. Así quedó reflejado en las palabras del conservador Lord Salisbury ante el parlamento, en 1866. Con dicha extensión del voto, decía, los trabajadores aprobarían “leyes relativas a impuestos y propiedad que fuesen especialmente favorables para ellos y, por lo tanto, peligrosas para todas las demás clases sociales”². Como sabemos, el movimiento obrero en Inglaterra fue fundamentalmente de naturaleza sindical, no siendo la primera candidatura del partido laborista de 1906 sino una lista conjunta de líderes *trade-unionistas*. (Hasta entonces, los trabajadores habían confiado su representación política al partido liberal, que pronto dejó de canalizar el voto obrero). Con todo, la expectativa de que el sufragio universal abriese un horizonte de mejora a las clases trabajadoras también era compartida por países de tradición socialista y socialdemócrata, como Alemania. Allí, el Bernstein de 1899 (quien para entonces ya había vivido en Londres y trabado contacto con la Sociedad Fabiana) argumentaba que la posibilidad de auparse democráticamente al aparato del Estado haría innecesario que el movimiento obrero lanzase una revolución proletaria; máxime cuando, gracias a la representación socialdemócrata obtenida, por aquel entonces ya se estaban implementando políticas redistributivas que mejoraban la calidad de vida del proletariado (haciéndolo más partícipe en la riqueza) a la vez que espaciaban las crisis capitalistas en el tiempo y moderaban su intensidad. Por todo ello, a principios del siglo XX, la eficiencia de la socialdemocracia era tratada como un hecho contrastado. Tanto es así que, cuando escribió *Die Voraussetzungen des Sozialismus*, Bernstein, padre de la socialdemocracia moderna, pensaba que las clases trabajadoras ya tenían en 1899 algo que perder aparte de sus cadenas. Las mejoras evidentes en su calidad de vida justificaban la vía parlamentaria³.

A finales del XIX la socialdemocracia empezaba a concebirse a sí misma como una estrategia que no era dependiente, ni conceptual ni políticamente, de un horizonte de colapso capitalista que los propios triunfos del movimiento obrero alejaba cada día más. La redistribución de valor que la democracia burguesa permitía a través del Estado, cuando éste se ponía al servicio de la mayoría, moderaba las crisis de demanda inherentes al capitalismo a la vez que hacía innecesario un cambio revolucionario en este modo de producción. “La democracia liberal podía ser burguesa pero no era un

² O. Jones, *The Establishment. And How They Get Away With It*, Londres, Penguin, 2014, p. 5.

³ Cfr. E. Bernstein, *The Preconditions of Socialism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 60-62.

engaño. El equilibrio relativo de poder entre las clases sociales empezó a cambiar⁷⁴. A su vez, en la medida en que la mayoría del electorado pertenecía a las clases trabajadoras, parecía que el sufragio universal abría la puerta a una transformación de la sociedad que no por ser pacífica y gradual iba a ser menos segura. Así también lo creían unas élites que estaban dispuestas a ampliar el sufragio y hacer concesiones materiales a cambio de no tener que jugar a los dados con la posibilidad revolucionaria que pronto concretó la Unión Soviética.

3. De la Socialdemocracia al Socialismo de los ricos

Y sin embargo, más de un siglo después, este libro de Owen Jones describe un aparato Estatal que, aunque sigue estando activo (como la democracia), se ha puesto al servicio de los sectores más adinerados de la sociedad. El diagnóstico es claro: de la posibilidad socialdemócrata, parcialmente concretada en Inglaterra hasta finales de los años 70 del siglo pasado, se ha pasado a un presente marcado por un “socialismo de los ricos y de las corporaciones”⁷⁵. Esta fórmula resume a las claras el hecho de que todas las instituciones estatales que en algún momento poseyeron cierto potencial *mesianico* –por decirlo en términos de Benjamin– en favor de las clases trabajadoras (las mismas en las que confiaba el proyecto socialdemócrata: el sufragio universal, el partido laborista, el sistema impositivo, los servicios públicos y la policía, en tanto que ésta debería garantizar sus intereses y seguridad) han acabado orbitando alrededor de los núcleos de riqueza y poder ya consolidados. Para describir este fenómeno, me permito trazar una analogía con el campo de la física, a modo de metáfora. De la misma manera que Einstein descubrió que el espacio se curvaba en torno a inmensos centros de masa (sin que esto impidiese a uno dibujar una línea recta, pues lo curvo era el espacio en el que tal línea se trazaba), las instituciones del Estado han acabado *curvándose* también alrededor de las grandes fortunas, y lo han hecho sin que por el camino haya habido un cambio aparente en el modo de concebirse a sí mismas.

No sin decepción, enfado y tristeza, la nueva obra de Jones refleja cómo cada una de estas instituciones ha acabado volcando todo su potencial transformador en beneficio de las clases privilegiadas. Como prueba, dedica muchas páginas a analizar el viraje sufrido por el *sistema impositivo*. Frente a la tendencia de la que Bernstein se congratulaba en 1899, por la cual “los impuestos indirectos se reducen de forma estable mientras que los directos aumentan con la misma estabilidad [...] incluyendo un incremento en el impuesto de herencia”⁷⁶; y también frente a la orientación que tras

⁷⁴ E. Broadbent, “Social Democracy: Past and Future”, en *Dissent* 46 (6), 45-52, 1999, aquí p. 46.

⁷⁵ O. Jones, *The Establishment. And How They Get Away With It*, Londres, Penguin, p. 179.

⁷⁶ E. Bernstein, *op. cit.*, p. 143.

la Segunda Guerra Mundial impuso Attle y su gobierno laborista⁷, en la Inglaterra de hoy los impuestos indirectos no dejan de crecer y los directos no dejan de bajar, equiparándose —e incluso superando— las rentas del trabajo a las del capital. Según cifras que Jones extrae del Trade Union Centre, “cada año la élite británica logra evadir impuestos por valor de 25 000 millones de libras”⁸. (El fraude en las ayudas sociales no llega, en cambio, a los 1200 millones de libras, aunque se le preste mucha más atención política y mediática). Entre otras razones, este cambio en la política impositiva tiene que ver con su estrecha relación con la gran empresa: por ejemplo, con que los asesores que emplea el gobierno para aconsejarle en materia fiscal ocupen cargos en los departamentos correspondientes de las grandes corporaciones, o bien tengan ellos mismos empresas de asesoramiento para poderosas compañías. Sugieren a los gobiernos cómo cobrar impuestos y a las empresas cómo evadirlos⁹.

La misma inercia salta a la vista cuando analizamos los fines últimos a los que se destina la recaudación. Resulta que en vez de emplearla para proteger a los todos los miembros de la sociedad frente a la pobreza y la enfermedad, la mayor parte del presupuesto estatal se destina a partidas para las grandes empresas (constructoras y armamento, principalmente), al rescate de bancos quebrados o a cubrir las pérdidas de las compañías sobre las que recaen los servicios públicos privatizados en materias tan diversas como Sanidad, Asistencia social, Energía, Transportes, etc. Estas empresas se hicieron con estos servicios por medio de contratos tan favorables que produce escándalo mentarlos. Por un lado, el descenso en su calidad es de tal magnitud que el Estado se ve obligado a compensarlo con gastos adicionales; por otro, los contratos incluyeron cláusulas que garantizaban una cierta tasa de beneficio para estas empresas, al que debían hacer frente los contribuyentes¹⁰.

Otra de las instituciones que Jones examina y pone como ejemplo del socialismo de los ricos es el partido laborista. Lo que entonces describe es lo mismo que el historiador estadounidense Howard Zinn observó acerca de su país en una obra clásica que prefigura a la de Jones en muchos aspectos: *Una historia del pueblo de los Estados Unidos*. Jones no la cita en su libro (aunque ha de conocerla) pero aquí la usaremos para ampliar su diagnóstico a todo el mundo anglosajón. A ambos lados del Atlántico, las dos formaciones políticas que tradicionalmente habían presentado ofertas conservadoras y progresistas han trabado un “consenso bipartidista” que dura ya más de treinta años y que impide poner freno a la deriva elitista del Estado. Si tenemos en cuenta que los EEUU no han tenido, desde el periodo de entreguerras, un partido socialista o socialdemócrata capaz de obtener representación —en las elecciones presidenciales de 1920, el que fuera senador y candidato del Partido

⁷ Cfr. D. Thomson, *England in the Twentieth Century. 1914-79*, Londres, Penguin, 1983, p. 222.

⁸ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 203.

⁹ Cfr. *ibidem*, p. 239.

¹⁰ Cfr. *ibidem*, p. 172.

Socialista, Eugene V. Debs, logró casi un millón de votos... presentándose desde la cárcel—, entonces no debería sorprendernos que la progresiva asimilación de la realidad política británica a la norteamericana haya acarreado una pérdida del carácter transformador del partido laborista inglés. El humorista británico Mark Thomas lo expresaba de la siguiente manera durante las manifestaciones en contra de la reunión del G20 de 2009, celebrada en Londres, ante la muchedumbre que se arremolinaba en Hyde Park:

“Gordon Brown, su moderado tacto regulador, ha sido la causa de esta crisis. Gordon Brown cree en el libre mercado. Gordon Brown tuvo a Margaret Thatcher en el número 10 [de Downing Street] ¡y la invitó a té con pastas! ¡Cuando uno tiene a Margaret Thatcher en su cuarto lo que ha de hacer es clavarle una estaca en el corazón y enterrarla en el patio!”¹¹.

En clave histórica, Jones demuestra que el partido laborista aceptó y profundizó en el cambio de tendencia que la dama de hierro impuso a finales de los 70 respecto a todas las instituciones del Estado británico. El Nuevo Laborismo de Tony Blair no fue sino la insistencia en el modelo estadounidense cuya apuesta Thatcher y Reagan renovaron: recorte de ayudas sociales, bajadas de impuestos, facilidades al capitalismo financiero frente al industrial, privatizaciones de servicios públicos y, finalmente, el debilitamiento del movimiento sindical del que el propio laborismo mismo nació, reduciendo al mínimo el número de candidatos que provenían de este ámbito¹².

No nos extraña que Zinn escribiera en 2003 que “algo funcionaba mal en un sistema político (supuestamente democrático) en el que los deseos de los votantes eran repetidamente ignorados. De hecho, continuarían siendo ignorados, y además impunemente, mientras el sistema político estuviese dominado por sólo dos partidos, y ambos estuviesen atados a los intereses de las corporaciones”¹³. Que en Inglaterra el laborismo apenas ofrezca una alternativa a las medidas que el partido conservador enarbola en su política no tiene que ver con los deseos de la población, la cual no pierde la oportunidad de reclamar una opción distinta en cualquiera de las encuestas de opinión que le permiten contestar. Existe una demanda clara del electorado pero no hay oferta desde los partidos. Como resultado de todo ello, ocurre lo que el propio Zinn percibió durante el consenso bipartidista de las presidencias de Carter, Reagan y Bush, durante los años 70 y 80: “En un régimen bipartidista, si los *dos* partidos ignoran a la opinión pública, no hay ningún lugar donde los votantes puedan

¹¹ M. Thomas, “Put People First G20 Protest 28 March 2009”, en C. Firth, A. Arnove, & D. Horspool (eds.), *The People Speak. Voices that Changed Britain*, Edinburg, Canongate, 2012, pp. 474-478, aquí p. 477.

¹² Cfr. O. Jones, *The Establishment*, op. cit., pp. 81-82.

¹³ H. Zinn, *A People's History of the United States*, Nueva York, Harper Perennial, 2003, p. 612.

acudir”¹⁴. Inevitablemente, la despolitización se extiende entre capas cada vez más amplias de la población, desde las clases sociales más pobres a las llamadas clases medias, que se retiran de la política aunque sólo sea para evitar el desencanto y la decepción. Cada vez menos gente espera algo de la política: unos porque no la necesitan y otros (la mayoría) porque han perdido toda esperanza. En esta línea, el nuevo libro de Jones aporta cifras de cómo, desde las elecciones de 1992, el porcentaje de votos emitidos en Inglaterra ha bajado del 77’6% al 65’1, igual que ha descendido el número de afiliados a los dos grandes partidos¹⁵.

Finalmente, cabe hablar también de la *policía*. Algunas de las páginas más reveladoras de éste y de su anterior libro –que también analicé en esta revista¹⁶– desvelan la operación de favoritismo calculado mediante la cual Margaret Thatcher, al salvar a la policía de recortes que estaban sufriendo el resto de trabajadores (y bloqueando, a su vez, cualquier investigación que pudiese revelar conductas inadecuadas en el cuerpo, como la que llevó a la tragedia del Hillsborough Stadium de Sheffield donde 94 aficionados murieron aplastados) logró justo el tipo de apoyo que necesitaba para vencer el mayor obstáculo que su proyecto tuvo que superar durante los años 80: el de las huelgas de los fortísimos sindicatos mineros. Es evidente que el gobierno conservador planteó este conflicto en términos de una lucha cuerpo a cuerpo entre las fuerzas del Estado y unos huelguistas a los que el propio gobierno señaló como “el enemigo interno”¹⁷ de Inglaterra. De hecho, la antología de voces del pueblo británico, editada por Firth, Armove y Hospool, recoge el testimonio oral de Booby Girvan (2012), quien presencié uno de los más graves incidentes que salpicaron esos años:

“No habíamos visto un solo policía en todo el día pero de pronto empezaron a salir por todos lados, a caballo. Sencillamente, iban a por todo el mundo. [...] La policía estaba subiendo a los autobuses, sacando a la gente y dándoles una paliza de mil demonios. [...] Una chiquilla estaba girando la esquina, con una mochila en la espalda, cuando un caballo llegó zumbando y la golpeó contra al suelo. Fui a ayudarla pero un agente me pegó una patada en el hombro desde su caballo, mientras otros atravesaban la zona a pie, apaleando a la gente. Cuando me puse de pie ya estaba cerca del resto del grupo, y vi que la gente lanzaba ladrillos y, en medio de todo, tres, cuatro... posiblemente seis policías pateando el culo a un chaval de unos diecisiete o dieciocho años. [...] El personal de la ambulancia] tuvo que administrarle oxígeno durante veinte minutos antes de que pudiesen moverlo. Nunca había visto algo igual. Jamás pensé que yo podría cabrear tanto como para lanzar un ladrillo, pero

¹⁴ *Ibidem*, p. 581.

¹⁵ Cfr. O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 84.

¹⁶ Cfr. L. S. Villacañas de Castro, “Chavs, chonis y el nuevo socialismo (si lo hubiera)”, en *Res Publica. Revista de Filosofía Política* 29, 2013, pp. 89-98.

¹⁷ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 130.

ese día lo hice. Estaba fuera de mí por lo que la policía estaba haciendo. Había oído las cosas que hacían. Había presenciado uno o dos incidentes en los piquetes, pero jamás vi algo como esto”¹⁸.

Como recoge Jones, el paso del tiempo acabaría evidenciando que durante aquellos años la policía dio la espalda a la integridad y a los intereses del pueblo británico y prefirió ponerse al servicio de un gobierno que consideró ilegítima toda oposición, incluso la de aquéllos –comunidades enteras– cuyas formas de vida estaba arruinando. No hubo negociación, tan sólo criminalización y condena. “Hoy la mina ha cerrado. Esta fábrica y aquella han cerrado. La sanidad está en una condición penosa”¹⁹, resumía la pensionista Nellie –esposa de un minero que participó en las huelgas– en los años noventa. Con todo, y no sin cierta ironía, cuando el gobierno de Thatcher dejó de requerir la fidelidad de la policía, ésta también tuvo que sufrir el binomio de autoritarismo y austeridad que ella misma había colaborado a instaurar, y que definen la nueva orientación del Estado británico. Ella también sufrió un empeoramiento en sus condiciones de trabajo y en los derechos que les habían protegido hasta entonces. Ella también tuvo que experimentar la crudeza de unas instituciones que, en lugar de garantizar la protección de sus ciudadanos frente a los desequilibrios del capitalismo, decide dejarlos a la intemperie mientras extiende una red de seguridad bajo los pies de barro de las grandes fortunas. Ella también fue víctima, en conclusión, de un socialismo para ricos que socializa las pérdidas mientras deja las ganancias en las mismas manos.

4. El Socialismo de los ricos y la casta

El *establishment* es la cristalización de este fracaso, la derrota sufrida desde dentro por el proyecto socialdemócrata. Y la casta es el nombre de una realidad cuyo desarrollo avanzó en paralelo al cortocircuito (hoy definitivo) del compromiso emancipador que el Estado inglés asumió a finales del XIX con las capas mayoritarias de la población. Según Jones, la casta la conforman “grupos poderosos que necesitan proteger su posición en una democracia en la que casi toda la población adulta tiene el derecho a voto. La casta representa el intento, en beneficio de estos grupos, de gestionar la democracia para asegurarse de que el sufragio universal no amenazará sus propios intereses”²⁰. Como es obvio, la misma dinámica se reprodujo –incluso antes– en suelo norteameri-

¹⁸ B. Girvan, “Bobby Girvan and Christine Mahoney, The Miners’ Strike 1984”, en C. Firth, A. Arnove, & D. Horspool (eds.), *The People Speak. Voices that Changed Britain*, Edinburgh, Canongate, 2012, pp. 341-345, aquí p. 343.

¹⁹ Nellie, “Pensioner Nellie Discusses the Poll Tax Revolt 1990”, en C. Firth, A. Arnove, & D. Horspool (eds.), *The People Speak. Voices that Changed Britain*, Edinburgh, Canongate, 2012, págs. 466-467, aquí p. 467.

²⁰ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 4.

cano. Según Howard Zinn, en el seno del *establishment* hallamos “ese precario club de altos ejecutivos, generales y *políticos*” cuyos privilegios dependen de

“mantener la pretensión histórica de la unidad nacional, de que el gobierno representa a toda la población, de que el enemigo común siempre está fuera (no en casa) y de que los desastres de la economía o de la guerra son errores desafortunados o accidentes trágicos, los cuales en todo caso deben ser corregidos por los miembros del mismo club que los causó. Lo importante para ellos es asegurarse de que la unidad de los privilegiados sea la única unidad efectiva –de que el 99 por ciento restante permanezca dividido de incontables maneras, y aquéllos que lo conforman continúen señalándose unos a otros para canalizar su rabia y su enfado”²¹.

Aunque ambas citas puedan dar a entender lo contrario, Jones no comprende el funcionamiento de la casta en términos de un complot o una conspiración. Resulta importante aclararlo. Frente a la definición que del *establishment* diera uno de los primeros intelectuales en usar el término –Henry Fairlie, en 1955– no se entienden en este libro sus dinámicas en función de puras relaciones personales de amistad o *comensalia*, entre quienes acostumbra a socializar a diario. En verdad, la casta no es un *club*, por mucho que el trato inmediato entre sus miembros sea un factor determinante para configurar el esquema mental que domina entre ellos –quizá uno más significativo de lo que Jones quiere dar a entender. Pero si la casta fuera solamente eso –amistades– entonces no apreciaríamos en ella tanta movilidad social, tanta gente que entra o cae de ella según la frenética ley de la selva capitalista²². Al igual que hizo Max Weber en su análisis del sistema de castas de la India pre-colonial²³, el libro de Jones reconoce la dimensión profesional de la casta y también los diversos intereses que se encuentran dentro de ella, tantos como profesiones la comprenden. De hecho, en cada uno de los capítulos su obra pone el foco de atención sobre una de ellas: ideólogos, políticos, periodistas, policías, corredores de bolsa y empresarios. “El *establishment*”, avisa Jones, “existe allí donde estos intereses y mundos diferentes hacen intersección de forma consciente o inadvertida”²⁴.

Es en este punto cuando la obra recurre a la dimensión ideológica, para considerarla algo así como el “cemento”²⁵ –por decirlo en términos de Althusser– que da coherencia a la materialidad económica y social del *establishment*. La casta la forman individuos poderosos que, además de sus amistades, fortunas e intereses inme-

²¹ H. Zinn, *op. cit.*, p. 634.

²² Cfr. Jones, *The Establishment, op. cit.*, p. 9.

²³ Cfr. M. Weber, *Max Weber on Capitalism, Bureaucracy and Religion. A Selection of Texts*. (S. Andreski, ed.), Londres, George Allen & Unwin, 1983, p. 90.

²⁴ O. Jones, *The Establishment, op. cit.*, p. 5.

²⁵ L. Althusser, “Sur la révolution culturelle”, en *Décalages. Journal of Althusserian Studies* 1 (1), 2010, pp. 1-17, aquí p. 10.

diatos, se explican el mundo de una determinada manera. Los términos con los que dan sentido al mundo son, claro está, los de la ideología neoliberal, aquélla que leyó el liberalismo clásico desde el prisma de la experiencia satisfecha de un individuo ciego a sus propias determinaciones sociales. De ahí que las relaciones de amistad que se urden en las redes de la casta (verdadera cota de malla en la que sus miembros se envuelven y aíslan del resto de la realidad) sean tan relevantes para la cohesión ideológica del *establishment*, en la medida en que aportan una experiencia concreta del término más relevante del liberalismo clásico: la *libertad*²⁶. Como defenderé a continuación, el neoliberalismo se fundamenta sobre la experiencia que una élite muy reducida tiene de la libertad. De hecho, las formas de vida de las que goza la casta ofrecen al neoliberalismo sus particulares *formas fenoménicas* —el siguiente término que vamos a analizar.

5. Las formas fenoménicas

Se trata de un concepto marxiano. Si lo saco a colación es porque resulta útil para comprender tanto el origen como la recalcitrante permanencia de las representaciones ideológicas enquistadas en las mentes de la casta. Es éste un asunto que Jones no rastrea en su libro, el cual prefiere explorar los múltiples efectos que se derivan de su operatividad. A pesar de que el concepto guarde mucha relación con otros términos de la sociología marxiana, en particular con el de *ideología*, personalmente hallo una serie de ventajas analíticas en las formas fenoménicas (*Erscheinungsformen*), un término al que Marx prestó creciente atención en los últimos capítulos de *El capital*. Estas ventajas tienen que ver sobre todo con que el término traslada de forma unívoca el carácter material, objetivo —y por ende necesario— de la distorsión que caracteriza a las representaciones mentales que los individuos construimos acerca del contexto social en el que vivimos. Este énfasis en la dimensión material no suele encontrarse en los estudios dedicados a la ideología, que suelen subestimar o incluso ignorar dicho carácter objetivo, y exagerar su componente voluntarista y subjetivo. El teórico norteamericano Henry Giroux, por ejemplo, criticó el uso que Bourdieu hacía de la ideología en sus estudios sobre sociología de la educación, en los que percibía una deriva subjetivista e idealista en el entendimiento del problema. Bourdieu —escribió Giroux— “parece haber olvidado que la dominación ha de construirse sobre algo más que la mera ideología, que también tiene una fundamentación material”²⁷.

²⁶ Cfr. O. Jones, *The Establishment*, op. cit., p. 6.

²⁷ H. Giroux, “Theories of reproduction and resistance in the new sociology of education: A critical analysis”, en *Harvard Educational Review* 53 (3), 1983, pp. 257-293, aquí p. 273.

La teoría marxiana de las formas fenoménicas tiene mucho que aportar a la comprensión de esta fundamentación material. Aunque las dos perspectivas se hallen en los escritos de Marx y no sean necesariamente contradictorias, lo cierto es que las aproximaciones teóricas al fenómeno de la ideología suelen explicar las representaciones falsas y opresivas que pululan en la sociedad como el resultado del esfuerzo consciente, a cargo de las clases privilegiadas, por imponer dichas representaciones sobre el resto de la población a través de los aparatos ideológicos que controlan. Creo que el propio Owen Jones cae en esta visión cuando explica el triunfo del neoliberalismo exclusivamente en términos de un proyecto de ideologización. A su parecer, éste se habría llevado a cabo, primero, desde *think tanks* crecientemente sufragados tras la crisis del petróleo, que poco a poco fueron concretando el paradigma legado por Hayek y Friedman en forma de propuestas políticas; y segundo, a través del continuo bombardeo de los medios de comunicación, que demostraron con ello ser permeables al neoliberalismo y acabaron haciendo de él una religión social.

El problema de este planteamiento es que, al entender este triunfo como un esfuerzo sostenido por ideólogos o bien como el uso instrumentalizado de un ideario por los medios de comunicación, el libro de Jones no considera que pueda existir algo en la realidad del modo de producción capitalista que convierta al neoliberalismo en algo intuitivo para algunos sectores de la sociedad, si bien cargado de falsedad. La perspectiva de las formas fenoménicas, en cambio, da prioridad a esta base material debido a la cual estas falsas representaciones cristalizaron en primer lugar. Según esta visión –que creo más sofisticada– las representaciones ideológicas no deberían ser consideradas ni arbitrarias ni totalmente subjetivas o interesadas, sino más bien como los testigos de un proceso objetivo a través del cual las dinámicas socioeconómicas de una sociedad se experimentan y conciben, espontáneamente, por los individuos que viven y trabajan dentro de ella. El problema es que lo hacen de manera deformada. Una valiosa tesis epistemológica apuntala este argumento, si bien una completamente alejada del *empirismo ingenuo* y de su correlato práctico, el *pragmatismo*: a saber, las impresiones cotidianas que conforman nuestro espectro inmediato de experiencia no ofrecen ninguna garantía de conocimiento científico.

En un plano más general, he defendido en otros lugares que el concepto de las formas fenoménicas nos permitiría salvar el abismo que separa la sociología marxiana del pensamiento científico dominante en la actualidad²⁸. En el corazón de la teoría de las formas fenoménicas late la preocupación por las interferencias que obstruyen el conocimiento (o el aprendizaje) del observador científico cuando éste desea entender el mismo objeto del cual él mismo forma parte. Esta preocupación no es ajena al mundo científico, como todo el mundo debería saber. Las observaciones realizadas

²⁸ Cfr. L. S. Villacañas de Castro, “A Critique of Vygotsky’s Misapprehension of Marx’s Phenomenal Forms”, en *Science and Society* 79 (1), 2015, pp. 90-113 y L. S. Villacañas de Castro, *Giro copernicano y ciencias sociales*, Madrid & México D. F., Plaza y Valdés, 2013.

por C. H. Waddington acerca de la *teoría de la evolución* de Darwin²⁹, o incluso por Stephen Hawking sobre la física de la relatividad, evidencian que los científicos naturales también han identificado esta dificultad en el centro mismo del carácter revolucionario que poseen los descubrimientos esenciales de sus disciplinas. Y lo mismo es cierto para la sociología marxiana, en la que ya sabemos cómo se traduce esta dificultad: los individuos experimentan espontáneamente su propia sociedad desde el punto de vista que les permite su clase social, lo cual hace extremadamente difícil que puedan inferir, desde ese contexto local e inmediato, las instancias causales que determinan la sociedad en general; y mucho menos entender cómo estas dinámicas les afectan en tanto participantes en una estructura mayor cuya naturaleza les pasa inadvertida.

Algunos brillantes fragmentos de *La ideología alemana* –por ejemplo la referencia a la “*cámara oscura*”³⁰, que Kofman desarrolló en un libro³¹– ya avanzaron las depuradas expresiones que uno encuentra en *El capital*. En el Libro I, Capítulo XVII, sin ir más lejos, Marx define los términos ideológicos como “expresiones imaginarias” que “proviene, sin embargo, de las propias relaciones de producción. Son categorías de las formas fenoménicas de relaciones esenciales. Es bien sabido en todas las ciencias, salvo en la economía política, que las cosas se presentan a menudo invertidas en su apariencia”³². A su vez, los capítulos XII, XVIII y XLVIII del último libro de *El capital* nos ofrecen un tratamiento todavía más pormenorizado del problema:

“La forma acabada de las relaciones económicas, tal como se presenta en la superficie, en su existencia real y, por tanto, también en las ideas con que los portadores y agentes de estas relaciones procuran ver claro en ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interna, esencial, pero oculta, y al concepto que le corresponde”³³.

Tras leer estas citas, no debería quedar duda alguna acerca de la naturaleza real, objetiva y material de las distorsiones que provocan las formas fenoménicas. Como lo expresó el filósofo francés Etienne Balibar, éstas no constituyen “un fenómeno subjetivo o una concepción falsa de la realidad, como lo serían una ilusión óptica o una superstición. Constituyen, antes bien, la manera en la que la realidad (una cierta

²⁹ Cfr. C. H. Waddington, *The Nature of Life* en J. Adler (ed.), *Great Books of the Western World*, vol. 56, Chicago, Britannica, 1991, aquí p. 747.

³⁰ K. Marx & F. Engels, *La ideología alemana*, Montevideo & Barcelona, Pueblos Unidos & Grijalbo, 1974, aquí p. 154.

³¹ Cfr. S. Kofman, *Camera obscura: Of ideology*, Nueva York, Cornell University Press, 1999.

³² K. Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 2007, aquí Libro I, Cap. XVII, pp. 295-296.

³³ *Ibidem*, Libro III, Cap. XII, p. 272.

formación o estructura social) no puede sino manifestarse³⁴. Peter Osborne, desde Inglaterra, insistía en la misma idea al describir este proceso como “una ilusión «objetiva» que permanece incluso después de que haya sido comprendida³⁵. Y por último, en una frase que el psicólogo soviético Vygotsky no perdería la ocasión de integrar en sus propias teorías sobre aprendizaje y educación, Marx sugirió que la labor de la ciencia consistía precisamente en identificar, comprender y disolver los reflejos nacidos de las formas fenoménicas, esto es, “reducir el movimiento visible, puramente aparente, a un movimiento real interno³⁶”.

5. La casta y sus formas fenoménicas

Si el neoliberalismo es el cemento ideológico de la casta, aquello sin lo cual ésta no sería más que un tejido social de personas poderosas; y si, como escribe Jones, la libertad individual es “la creencia que el *establishment* asume como el sentido común, como un hecho natural”, –hasta el punto de que “no suscribir estas creencia implica quedarse fuera de la casta, ser expulsado de ella, ser acusado en el mejor de los casos de excéntrico, o incluso de extremista y radical³⁷–, entonces debemos preguntarnos por las experiencias originales, fundadoras, a través de las cuales los miembros de la casta padecen sus propias formas fenoménicas y contribuyen, a partir de ellas, a la deformación ideológica neoliberal.

El libro de Jones no trata de definir abiertamente este espectro de experiencias, pero sí ofrece algunas pistas sobre ellas. Cuando leemos acerca de los Paul Staines, Madsen Piries, Timothy Bells, etc., esa vanguardia de ideólogos profesionales que en algún momento de su juventud universitaria (tras la lectura de un Popper, un Stuart Mill, un Adam Smith...) abrazaron la libertad individual como principio superior a todos los demás, estamos leyendo sobre las historias de jóvenes ambiciosos (generalmente de un contexto socio-económico privilegiado) que se afirmaron a sí mismos en tanto individuos a la vez que abogaban por la libertad. Como lector, estos relámpagos de conversión al *libertarismo* –pues libertarios es lo que muchos de ellos aún se consideran– me parecieron más bien instantes en los que unos jóvenes se separaron de un consenso heredado en torno a intervención estatal, y le declararon la guerra. “Son verdaderos creyentes, devotos incluso”, escribe Jones. “Hablan desde una genuina y firme convicción³⁸”. Estos momentos de conversión y distanciamiento desplegaron su estela a través de andaduras vitales e ideológicas que, por regla general, los llevaron de la universidad a fundaciones y *think tanks* conservadores,

³⁴ E. Balibar, *The Philosophy of Marx*, Londres, Verso, 2007, p. 60.

³⁵ P. Osborne, *How to Read Marx*, Nueva York & Londres, Norton, 2005, p. 16.

³⁶ K. Marx, *op. cit.*, Libro III, Cap. XVIII, p. 412.

³⁷ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 6.

³⁸ *Ibidem*, p. 39.

en los que trataron de repensar y rediseñar cada una de las instituciones y funciones del Estado a partir de los equilibrios de la libertad individual. Y si no daban con la manera de justificar alguna de ellas, sencillamente la desechaban.

Estos *outriders* son una pieza esencial en el actual ordenamiento de la casta. Volcaron sobre sus hombros la tarea de reorientar lo que cierta sociología llama la *ventana de Overton*³⁹, es decir, el estrecho marco que identifica el “centro político”, en relación al cual se delimitan también los extremos: aquello que es aceptable o no en política, realizable o irrealizable. En este caso, el neoliberalismo desplazó el centro estirando de él desde la derecha, lanzando y justificando medidas sumamente radicales en contra de la orientación social del Estado, propuestas respecto a las cuales el gobierno conservador de Margaret Thatcher pudo presentarse como moderado frente a los cambios que exigían “los nuevos tiempos” del orden neoliberal. Según Owen, estos ideólogos “han ayudado a desplazar los elementos centrales del debate en Inglaterra, logrando que ideas que en un momento eran ridículas, absurdas o ex-céntricas se convirtieran en el nuevo sentido común”⁴⁰.

Los últimos pasos en las abultadas carreras de estos ideólogos los llevaron a las periferias del gobierno, a cargos en corporaciones mediáticas, etc. Sin embargo, frente al fulgurante éxito de su proyecto y de sus trayectorias profesionales, mi sospecha es que la verdad que sus carreras desplegaron fue de naturaleza *personal*, no una verdad *teórica*. El problema radica en que la libertad individual es precisamente el principio que mejor se presta a que ambas dimensiones sean confundidas. Pues ¿qué es la libertad individual sino su experiencia? ¿En qué se queda este principio si le retira toda concreción personal? Creo que gracias a esta ambigüedad, los éxitos personales de estos *outriders* se volvieron indisociables de la verdad de los principios ideológicos a los que se entregaron. Su ejemplo demuestra que el neoliberalismo se construyó sobre las experiencias vitales de jóvenes privilegiados que hicieron de la separación y la autoafirmación su criterio de verdad. Poco importaba que aquello de lo que se separaban fuese un consenso erigido poco a poco desde el siglo XIX, en torno al compromiso del Estado por salvaguardar la seguridad y la dignidad de las condiciones de vida de toda su población; menos aún que este acuerdo tuviese detrás un bagaje teórico y político que incluía lo mejor del pensamiento sociológico, del movimiento obrero y del proyecto ilustrado. Definido como criterio absoluto, la afirmación de la individualidad inmediata acabó pesando más que todo eso.

Por desgracia, como cabía esperar, esta auto-afirmación fundamental incluyó sólo el contenido de las formas fenoménicas, es decir, representaciones falsas y parciales de la sociedad, no la totalidad de la que dichos individuos eran parte, cuya determinación obviamente les pasaba desapercibida. Como también les debió pasar desapercibida la razón última por la que los *think tanks* a los que pertenecían pronto

³⁹ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 44.

comenzaran a recibir el apoyo –generalmente disimulado– de grandes corporaciones, de otros tantos *think tanks* norteamericanos en la órbita del partido Republicano, etc.; todo ello en la forma de inmensas cantidades de dinero que debían emplearse en la redacción de informes, estudios, proyectos y propuestas políticas encaminadas a transformar al Estado en garante y conseqüidor de privilegios para las grandes fortunas. Como escribe Jones con menos sorpresa que ironía, “resulta que las creencias [de estos *outriders*] coinciden con los intereses de multimillonarios y magnates que desean menos impuestos, menos regulación, un Estado más reducido y sindicatos más débiles. Esta clase de empresarios agradecen el trabajo de los *outriders* en popularizar estas ideas, y consideran sus donaciones como una sabia inversión”⁴¹.

Como también debió pasarles desapercibido el hecho de que las grandes plataformas mediáticas de Inglaterra comenzasen de pronto a hacer suyo este ideario a la vez que el magnate norteamericano Rupert Murdoch se hacía una a una con ellas, como ocurrió tras reunirse en 1981 con Margareth Thatcher, para informarle de que iba a adquirir, con su beneplácito, *The Times* y *The Sunday Times*. También se reuniría con Tony Blair dos meses antes de las elecciones que habían de auparlo al poder⁴², para ofrecerle el apoyo de su periódico *The Sun*, que resultó ser una clave de su victoria electoral. Así se consolidó entre los medios ingleses el casi monopolio de la ideología neoliberal.

¿Cómo afecta el argumento de las formas fenoménicas al resto de miembros de la casta? Muy posiblemente los grandes empresarios, directores de corporaciones internacionales, agentes de bolsa de la City londinense, políticos de los dos grandes partidos, miembros de la familia real, etc., crean también en la libertad individual por encima de todas las cosas. Muy posiblemente la complicidad que mantienen quienes transforman el mundo desde el ideario neoliberal no sea, por lo tanto, sólo instrumental, sino que esté basada también en cierta convicción ideológica compartida. Muy posiblemente cada uno de los miembros de la casta guarde en su memoria su propia leyenda personal, escrita con términos neoliberales: el momento en que experimentó en sus carnes el triunfo y la verdad de la libertad. Esto no debería extrañarnos: a fin de cuentas, la libertad es una de las dos caras fenoménicas en las que se experimenta el modo de producción capitalista, siendo la otra la *pobreza* y la *enfermedad*. Desde los pequeños actos de consumo que unen la oferta y la demanda hasta las multimillonarias operaciones financieras por medio de las cuales una corporación devora otra, pasando por la iniciativa del pequeño emprendedor que –como si fuera un pionero americano– se lanza a la conquista del mercado, son muchas las situaciones en las que el modo de producción capitalista crea una experiencia de libertad en quienes lo integran. Ahora bien, cabe tener en cuenta que a lo largo de la historia han existido muchas maneras de entender la

⁴¹ *Ibidem*, p. 39.

⁴² *Ibidem*, pp. 91-92.

libertad, y que esta diversidad permanece también en el modo de producción capitalista, vinculada a los distintos estratos sociales. Por eso debemos insistir en que la ideología neoliberal se basa sólo en *una* experiencia de libertad –precisamente en aquélla de la que disfrutaban los estratos privilegiados de la sociedad, los mismos que conforman la casta. Todos ellos tienen una experiencia común de este término tan abstracto, tan complejo, lo cual les permite incluso no tener que precisarlo. Es la experiencia del *triunfador* que siente que su éxito le hace independiente de la realidad; es también la libertad que experimenta el gran *consumidor*, la máxima expresión del *homo economicus* que puede pararse a elegir de forma racional entre muchas opciones disponibles, la mejor.

Pero, frente a este sentido de la palabra libertad, cualquiera que se asome al día a día de las clases trabajadoras de España, Estados Unidos o Inglaterra descubrirá que existe uno muy diferente, uno que no apela tanto a la libertad de elección cuanto a la capacidad de esquivar *lo peor*. Así lo delatan expresiones tales como *de buena me he librado*. Este segundo sentido no se refiere ya a una libertad entendida como la elección subjetiva y racional entre varias opciones, sino más bien a la experiencia de que se ha logrado evitar –a veces sin proponérselo uno– la condena de la objetividad. Y qué duda cabe de que, desde antiguo, para las clases trabajadoras *lo peor* ha sido la pobreza y la enfermedad. Frente a la libertad que se siente ante un futuro abierto a la posibilidad, la libertad respecto a lo peor sólo se experimenta a posteriori, el momento en que uno advierte que ha cerrado la puerta a lo peor y que su peligro ha quedado atrás.

Desde esta perspectiva, el problema político del neoliberalismo se halla en que, al orientar y justificar la acción política únicamente desde la libertad individual, ha condenado a la gran mayoría de la población a lo peor, entendido como pobreza y enfermedad. En otras palabras: la libertad tal y como la experimentan las clases adineradas y los miembros de la casta significa la imposibilidad de que las clases trabajadoras puedan esquivar la pobreza y la enfermedad. Recordemos el testimonio de Nellie, esposa del minero que participó en las huelgas de mediados de los ochenta contra las medidas de Thatcher: “Hoy la mina ha cerrado. Esta fábrica y aquélla han cerrado. La sanidad está en una condición penosa”⁴³. Aquel gobierno conservador dejó sin opciones laborales a innumerables comunidades, mineras o industriales, que durante decenas de años habían disfrutado de una forma de vida estable y acorde con sus expectativas. “Como incluso el segundo de a bordo de Thatcher –Norman Tebbit– admitió recientemente”, explicó Jones en su primer libro:

“Muchas de estas comunidades [mineras] fueron completamente devastadas cuando mucha gente quedó sin empleo y se dio a las drogas o a la delincuencia, porque todos los empleos se habían marchado. No hay duda de que esto condujo al colapso

⁴³ Nellie, *op. cit.*, p. 467.

de estas comunidades, con las familias separándose y la juventud fuera de control. La escala de los cierres fue demasiado lejos⁴⁴.

Tenemos otros ejemplos de ello. La nueva obra de Jones explica cómo la eficacia del sistema público de salud británico, el HNS, ha sido gradualmente laminada a medida que su gestión fue expuesta a los dictámenes del libre mercado, abriendo concursos públicos en los que diferentes empresas pujaban por el negocio de la sanidad. Lo mismo sucedió con las prestaciones sociales, cuyo acceso se hizo más y más restrictivo en cuanto empresas privadas comenzaron a gestionarlas, causando la muerte y el empeoramiento en las condiciones de vida de miles de personas, “una media de treinta y dos muertes por semana”⁴⁵. Con todo, quizá el ejemplo más claro de cómo el dogmatismo de la libertad individual condena día a día a las clases trabajadoras a la peor posibilidad vital lo encontramos en el sistema educativo de los EEUU de América, a partir de la ley *No Child Left Behind*, de 2001. (En Inglaterra hace mucho tiempo que la educación privada es la mercancía que han de pagar quienes aspiran a una vida de influencia y comodidad.) Sobre el caso estadounidense, la investigadora de educación Diane Ravitch, de la Nueva York University (quien comenzó apoyando dicha ley para distanciarse después de ella) explicó en términos muy sencillos cómo detrás de este proyecto se hallaban economistas que trazaban “falsas analogías entre la educación y el mercado”, aplicando sobre la primera “principios mercantiles”⁴⁶. El plan consistía en imponer exámenes estandarizados a todos los alumnos de la escuela pública, guardar y dar publicidad a los resultados, penalizar o premiar a los profesores y escuelas en función de éstos, y finalmente dar libertad a los padres para elegir a qué centros mandar a sus hijos, basándose en esta estadística. Se logró así que los colegios compitieran por los recursos del Estado, y además se les urgió a lograr buenos resultados en el medio plazo o pasar a manos privadas y convertirse en *charter schools* (colegios concertados). Lo mismo se hizo con unos profesores a los que se amenazó desde los Departamentos de Educación de los diferentes estados con bajadas de sueldo, inhabilitaciones o despidos. El sistema educativo pasó de pronto a funcionar como un mercado, a la espera de que con ello aumentara su eficiencia y la productividad, a medida que la mano invisible acabara dejando a los malos profesores y malos centros en la cuneta, fuera del sistema público educativo.

Como el lector podrá imaginar, nada de esto acabó ocurriendo. Hoy la administración Obama reconoce abiertamente que la ley de Bush está equivocada, pero toda iniciativa de cambio se ve bloqueada por el hecho de que aquella logró un acuerdo

⁴⁴ O. Jones, *Chavs. The Demonization of the Working Class*, Londres, Verso, 2011, p. 58.

⁴⁵ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 182.

⁴⁶ D. Ravitch, *The Death and Life of the Great American School System*, Nueva York, Basic Books, 2010, p. 11.

bipartidista que hoy es imposible alcanzar⁴⁷. Mientras tanto, la sinrazón continúa, y sólo gobernantes que carecen de cualquier criterio excepto su dogmatismo neoliberal (como ocurre con buena parte del actual gobierno español) toman esta ley como inspiración para sus propuestas educativas⁴⁸. En cualquier caso, más del 50% de los alumnos norteamericanos suspendieron los exámenes establecidos, los cuales carecían de todo realismo y se revelaban como un fundamento erróneo para organizar el sistema. Como demostró Ravitch, el problema es que la ley no incluía una sola palabra acerca de los conceptos fundamentales de la educación: nada sobre pedagogía, nada sobre contenidos, nada sobre cómo aumentar la calidad del profesorado (su capacidad de innovar, de investigar, de mejorar el funcionamiento de los centros, etc.). Más aún, los profesores de colegios e institutos empezaron a descubrir rápidamente que la ley no sólo ignoraba el componente educativo propiamente dicho, sino que hacía imposible su desarrollo. De acuerdo con la ley formulada por Donald T. Campbell, según la cual “cuánto más se use un indicador social cuantitativo como fundamento de la toma de decisiones, más sujeto estará éste a la influencia de la corrupción, y más fácilmente podrá distorsionar y corromper los procesos sociales que debiera monitorizar”⁴⁹, el indicador cuantitativo elegido en este caso (los exámenes estandarizados) acabó desvirtuando el sistema en su conjunto, imponiendo unos ritmos y unas prácticas que eran del todo incompatibles con que el alumnado lograra un aprendizaje significativo.

Este es el tipo de desastres que suceden cuando “aquéllos que tienen el máximo poder para imponer pedagogías” son los mismos que poseen “el entendimiento más limitado sobre ella”⁵⁰, como el investigador R. Alexander dijera acerca de quienes diseñaron el Currículum Nacional del Reino Unido, en el que apreciaba los mismos problemas. Esto es lo que sucede también cuando la casta se deja llevar por sus propias formas fenoménicas y no por una comprensión científica de los problemas. Al remplazar los principios educativos específicos (de naturaleza cualitativa) por el principio de la libertad individual, la ley *No Child Left Behind* dañó muy profundamente el servicio público que (junto con la sanidad) facilita que las clases trabajadoras eviten la peor posibilidad. Ahora los padres disfrutan de la libertad para elegir el centro de sus hijos, pero lo hacen dentro de un sistema que ha empeorado tanto que ningún uso de esta libertad individual puede conducir a una buena opción. Sólo tienen libertad para equivocarse. Para adecuar la educación a la libertad individual, la educación ha tenido que desaparecer por el camino.

⁴⁷ Cfr. W. Au, “Obama Where art Thou? Hoping for Change in US Education Policy”, en *Harvard Educational Review* 79 (2), 2009, pp. 309-320.

⁴⁸ Cfr. L. S. Villacañas de Castro, “Crisis económica y crisis de enseñanza. Sobre las consecuencias pedagógicas previsibles de la LOMCE”, en *Puertas a la lectura* 25, 2012, pp. 22-44.

⁴⁹ D. Ravitch, *op. cit.*, p. 160.

⁵⁰ R. Alexander, “Still no pedagogy? Principle, pragmatism and compliance in primary education”, en *Cambridge Journal of Education* 34 (1), 2004, pp. 7-33, aquí p. 29.

Lo mismo sucede, como es obvio, cuando un gobierno privatiza los servicios públicos y los saca a concurso según el principio de la libre competencia; en estos casos el indicador cuantitativo que todo lo distorsiona es la capacidad de ahorrar recursos. Sometidos a este indicador, los principios cualitativos que definen la razón de ser de estos servicios y sus respectivas esferas (el *cuidado*, la *atención*, etc.) son reemplazados por lógicas mercantiles del todo externas a su función social, precisamente aquéllas con las que el Estado se comprometía a combatir la pobreza y la enfermedad de la mayoría de sus ciudadanos. Hasta aquí llega la incomprensión neoliberal.

6. La enfermedad y la pobreza contra la libertad individual

Hemos identificado la existencia de al menos dos experiencias contrapuestas en el interior del modo de producción capitalista: las de la libertad individual y las de la pobreza y la enfermedad. Hemos dado a ambas el estatuto de formas fenoménicas, en tanto que delatarían las dos maneras en las que las clases privilegiadas y las trabajadoras experimentan la lógica interna de este modelo de sociedad, sin que ninguna de las dos traduzca su verdad. En otras palabras: estas experiencias son *reales* pero no *verdaderas*, en el sentido de que no describen el concepto o la comprensión sistemática de la estructura social que las genera. Porque ni el capitalismo es en todo equivalente a la libertad individual –en contra de lo que perciben las clases privilegiadas– ni éste se reduce al riesgo de pobreza y enfermedad que experimenta la mayoría de la población. De hecho, el capitalismo no puede coincidir por entero con ninguna de ellas desde el momento en que ambas existen, si bien de forma socialmente estratificada. En contra de cierta corriente de la izquierda, que con ingenuidad asignó un privilegio epistemológico a la clase obrera, ni siquiera la experiencia de los individuos más desfavorecidos implica una verdad conceptual, como lo prueba el hecho de que el capitalismo, como sistema productivo, sea capaz de generar suficiente riqueza como para que ningún sector de la población (por muy desdichado que sea) tenga por qué sufrir ni la pobreza ni la enfermedad que tantas veces se deriva de ella –siempre, claro está, que el Estado haga uso de su poder para redistribuir la riqueza de una manera más justa, cosa que el mercado por sí mismo no puede lograr.

Tal fue, como hemos dicho, el proyecto socialdemócrata. De él, lo que me interesa señalar en este punto es que no se fundamentó sobre ninguna de las dos experiencias de clase que conviven en el capitalismo, a las que con razón supo asignar una naturaleza fenoménica y no hizo representativas de su verdad esencial. Si la socialdemocracia creyera que cualquiera de las dos traslada el concepto mismo del capitalismo, entonces disolvería la función redistribuidora del Estado (en el caso en que pensara que el capitalismo sólo genera experiencias de libertad individual), o bien eliminaría el mercado, en el caso en que creyera que éste sólo genera pobreza y enfermedad. Pero la socialdemocracia no hace ni una cosa ni la otra. Y si no lo hace es porque actúa desde una teoría científica del modo de producción capitalista que

no da estatuto de verdad a ninguna de las experiencias que de él tienen sus diferentes estratos. Antes bien, las inserta en su comprensión global del sistema. Por un lado respeta la libertad individual mientras ésta no derive necesariamente en pobreza y enfermedad, y por el otro, confía en que la pobreza y la enfermedad derivada puedan ser erradicadas sin necesidad de cancelar por el camino la libertad individual.

Lo que el libro de Jones demuestra es que todo esto ha pasado a la historia. Al galope de un clasismo no encubierto que ha tomado posesión definitiva de las instituciones del Estado, hoy se ha destruido lo que para Thomson (1983) fue el principal logro del partido laborista británico tras la Segunda Guerra Mundial, aquél que, paradójicamente,

“se logró de la manera más silenciosa y desapercibida. El laborismo hizo imposible que los trabajadores se sintiesen alienados de su comunidad. El Estado británico fue entonces tan «suyo» como lo era de cualquier otro –dedicado a los intereses y el bienestar de cualquier ciudadano, no importaba lo humilde que fuera”⁵¹.

En última instancia, los dos libros que Owen Jones ha escrito hasta la fecha revelan que el consenso teórico socialdemócrata, que se fundamentó sobre la mejor tradición del pensamiento social así como sobre la certeza de que la re-distribución podía moderar la gravedad de las crisis de sobre-producción capitalistas, ha sido derribado y reemplazado por una experiencia fenoménica de libertad. Si lo analizamos en su naturaleza ideológica (que, como tal, reposa sobre un ordenamiento económico particular), el neoliberalismo es la inercia cultural a través de la que la experiencia elitista del modo de producción capitalista ha querido erigirse en su verdad, hasta el extremo de leer la proliferación de la pobreza y la enfermedad como el resultado del principio único de la libertad individual, y no como el efecto necesario que inunda el sistema en cuanto el Estado abandona su responsabilidad social. “En el centro de la filosofía política de Cameron [el actual primer ministro británico]”, escribió Jones en su primer libro, “se halla la idea de que las oportunidades vitales de una persona están determinadas por factores de comportamiento y no por el contexto socio-económico”⁵². “Tal enfoque”, añadió unas páginas después, “revela el molde thatcheriano: la responsabilidad por los problemas sociales a los que tiene que enfrentarse los miembros de la clase trabajadoras debe recaer únicamente sobre sus hombros”⁵³.

Según esta perspectiva, la casta la conformarían aquéllos que, desde cualquier ámbito profesional pero siempre desde una posición de poder que les permite transformar la sociedad, han decidido cambiarla desde el convencimiento de que la liber-

⁵¹ D. Thomson, *op. cit.*, p. 227.

⁵² O. Jones, *Chavs, op. cit.*, p. 77.

⁵³ *Ibidem*, p. 91.

tad individual es la única experiencia genuina del capitalismo. En la medida en que esta deformación ideológica emanaba de una ordenación económica concreta, no es de extrañar que su conversión en religión social reforzase esos mismos intereses. Apoyados sobre el neoliberalismo y tras plegar el Estado a sus intereses, los representantes de las grandes fortunas han sentido por fin la euforia que le corresponde a quien nada a favor de la corriente. En *Chavs*, de 2011, Jones sacó a relucir una de las consecuencias más desagradables de este sentimiento de “*triumfalismo*”⁵⁴ inmoderado, rayano en la invulnerabilidad: la posibilidad de insultar y reírse abiertamente de las desgracias de las clases trabajadoras, esto es, de su pobreza y de su enfermedad. Tal fue el uso que la opinión pública hizo del término *chav* —el castellano *choni*, *nini*, etc.— con el que los medios de comunicación británicos crearon un estereotipo negativo de las clases trabajadoras con el único fin de justificar que el Estado dejase de asumir para con ellas cualquier tipo de responsabilidad. Con incontrolado desprecio, el discurso oficial tomó incidentes más o menos aislados y lo convirtió en la materia prima sobre la que ejecutar toda una serie de operaciones ideológicas, cuyo fin último era la reducción drástica del Estado del bienestar para aquéllos más lo necesitaban. Juzgados desde el altar único de la libertad individual, de pronto fueron considerados indignos de ayuda.

7. Conclusión: los *chavs* contra la *casta*

Un nuevo partido político nace ahora en España, uno que emplea el término *casta* y lo lanza contra todos aquéllos que han contribuido a romper el consenso teórico sobre el Estado del bienestar. A este partido se le acusa de no hablar de política sino de pobreza y enfermedad, de no hacer uso de la dicotomía *izquierda* y *derecha* ni del concepto clásico de clases sociales; de sustituir todo ello por oposiciones como *los de arriba* frente a *los de abajo*, el *pueblo* contra la *casta*, etc., todas ellas similares a las de Jones emplea, pero también a aquéllas que el movimiento *Occupy Wall Street* puso en boga en los Estados Unidos, al contraponer “el 1% frente al 99%”. Los mismos que han convertido en *política de estado* la defensa de los intereses de las clases privilegiadas acusan al nuevo partido de *populista*, por desprenderse de los conceptos tradicionales de la política y acercar demasiado su discurso a las experiencias de aquéllos que, en medio de la crisis, más están sufriendo. Condenan a esta formación política por todas estas razones, pero no comprenden que el primer gesto propiamente populista, en el Reino Unido tanto como en España y los Estados Unidos, lo hizo el neoliberalismo cuando dio estatuto de verdad teórica a una experiencia elitista de la sociedad. El primero en traicionar el consenso teórico erigido en torno a la socialdemocracia y transformar la arena política en el terreno en el que las experiencias desnudas de cada sector de la sociedad se enfrenta a la otra, fue el neoliberalismo,

⁵⁴ O. Jones, *The Establishment*, *op. cit.*, p. 12.

que utilizó una experiencia concreta y fragmentada de la libertad individual como el cincel con el que transformar, a fuerza de golpearlas, las instituciones que había erigido el consenso de la socialdemocracia. De hecho, esa fue la misión que dio existencia a la casta. Con la palabra *chav* se llegó al extremo de dar valor de verdad y eficacia política a la representación distorsionada, snob y elitista que del pueblo llano tenían las clases privilegiadas.

Pues bien, la palabra *casta* es el reverso contradictorio de la palabra *chav*. Es el término mediante el cual un partido trata hoy en España de aglutinar el apoyo masivo de todas las clases trabajadoras apelando a su experiencia directa, para forzar un nuevo consenso en torno a los conceptos de la socialdemocracia y un proyecto de bienestar general. El nuevo libro de Jones pone en práctica la misma estrategia: “Aquéllos que comparten intereses comunes –por muy diferentes que parezcan en algunos aspectos superficiales– deben usar su poder colectivo para imponer la justicia social”⁵⁵. En un contexto político en el que el discurso conceptual se ha disuelto, la apelación a la casta es la única estrategia mediante la cual los nuevos representantes de las clases trabajadoras han podido hacer valer los intereses de esta última y confrontar sus experiencias con las de los estratos privilegiados de la sociedad. Frente a la libertad individual de la casta, la pobreza y enfermedad de los *chavs*.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 314.